

miento la idea de elevarla hasta el tálamo y el trono régio; y esto, añaden, por temperamento y por conciencia. Pero ella misma se encargó de desvanecer este pensamiento, si existió, buscando una nueva esposa para el rey. No debió pues la de los Ursinos la elevada posición política que alcanzó á los encantos y á las flaquezas de mujer; debiósele á su gran talento, á su ilustración y á su habilidad y destreza. A la dulzura y al atractivo de su sexo unia las dotes de un gran ministro. Con tanta disposición para el gobierno de un Estado como Cristina de Suecia y como Isabel de Inglaterra, les llevó la ventaja de haberse labrado ella misma su posición. Extranjera, y enviada por un rey extranjero, obró casi siempre en interés de España y como si fuera española. Tal vez por consagrarse demasiado á los intereses de los reyes de Castilla y mantenerlos en una digna independencia, disgustó á Luis XIV que la había traído á su lado. Luis la hizo salir varias veces de España, y siempre la ilustre proscrita volvía mas favorecida y recomendada del mismo que la había desterrado. Tenía el arte de desbaratar todas las intrigas y conjuraciones que contra ella se formaban, y de persuadir lo que quería al soberano mas sagaz, mas político y mas suspicaz de su tiempo. Cuando fué á Versalles, no podía ser mayor el enojo que contra ella tenía Luis XIV. A muy poco tiempo Luis XIV era un apasionado ciego de la princesa de los Ursinos: no había para él criatura en el mundo de mas mérito, de mas virtud y de mejor consejo, y la volvió á enviar á España poco menos que con diploma de directora exclusiva de los reyes, y con recomendación de que fuese recibida y tratada casi con honores de reina. En sus muchas luchas con embajadores, ministros y príncipes, todos sucumbían ante la superior inteligencia y extraordinario genio de esta mujer singular.

Isabel Farnesio apenas puso el pié en territorio español, arrojó de España con grosera brusquedad á la princesa de los Ursinos, y Felipe V mostrándose indiferente y glacialmente impasible á aquel primer rasgo de rudo é incivil despotismo de su segunda mujer, pagó con injustificable ingratitude los largos servicios de su antigua confidente, y antes de conocer personalmente á su nueva consorte se confesaba apocadamente sometido á todos los caprichos de su orgullo. En efecto, desde aquel momento la influencia y la política de Isabel de Parma y del abate Alberoni, su compatriota, reemplazaban en el corazón del rey y en la marcha del gobierno la influencia y la política de Luisa de Saboya y de la princesa de los Ursinos. Ni á la reina ni al abate faltaban ingenio, viveza, travesura, audacia, tesón y flexibilidad á un tiempo. Ambiciosos ambos, en sus proyectos no dejaba de haber atrevimiento y grandeza: pensamientos que parecían tan elevados que asombraba mirar á la cúspide, mas si se bajaban los ojos á su base hallábaselos cimentados sobre el interés personal ó de familia. Lo patriótico, lo nacional no se encontraba. Tras la misteriosa expedición á Cerdeña se ve el capelo de Alberoni; tras la asombrosa empresa de Sicilia se ve el patrimonio de los hijos de Isabel.

Alberoni pareció haberse propuesto ser el Richelieu de España, ya que no pudiera ser el Cisneros. Negarle gran capacidad sería una gran injusticia. Tampoco puede desconocerse que reanimó y regeneró la España, levantándola á un grado de esplendor y de grandeza en que nunca se había vuelto á ver desde los mejores tiempos de Felipe II. La muerte de Luis XIV había dejado á Felipe V en aptitud de seguir una política mas independiente y mas libre, y á Alberoni en franquía de dirigirla á su gusto. Este hombre, que había llevado en su cabeza el bonete de sacristán y tuvo habilidad para ceñir la corona de conde, la mitra de arzobispo y el birrete de cardenal, que engañaba reyes para ganar al papa, y engañaba al papa para ganar el capelo, parecía poseer el arte mágico de crear recursos, de improvisar ejércitos y de producir escuadras. Flotas formidables se veían brotar como por encanto de los puertos españoles y surcar los mares. La conquista de Cerdeña sorprendió á Europa; la de Sicilia la asombró y asustó. Todas las naciones europeas se conmueven y agitan á la voz del clérigo italiano, ministro sin título de Felipe V; porque el antiguo campanero de Plasencia aspira nada menos que á dar un rey de su gusto á Italia, otro á Polonia,

otro á Francia y otro á Inglaterra; revuelve el Norte, el Mediodía y el Occidente; intenta arrojar al gran Carlos XII de Suecia, y á Pedro el Grande de Rusia, contra Jorge I de Inglaterra; agita imperios y repúblicas; intriga con turcos y cristianos, con católicos y protestantes, y hace á España sostener sola una guerra contra cuatro grandes potencias como en los tiempos de Carlos V y de Felipe II.

¿Cuál fué el móvil de esta política turbulenta, cuál el resultado de este galvanismo en que ha hecho entrar á España el purpurado agitador? El móvil de tan gigantescas empresas, de tan eléctrico y general sacudimiento es la ambición personal de una mujer, halagada por un favorito á cuya imaginación viene estrecho un reino solo; es el afán de Isabel Farnesio por hacer en Italia un patrimonio para sus hijos. El resultado fué provocar una guerra de cuatro poderosas naciones contra España; el pabellón español tremoló con orgullo en Sicilia como en los tiempos de Alfonso el Magnánimo y de Fernando el Católico; pero nuestras naves fueron destruidas en las aguas de Siracusa; la expedición naval contra Escocia sufrió un desastre semejante al de la invencible armada de Felipe II; una flota inglesa se apoderaba de Vigo y quemaba su arsenal y almacenes; Francia, nuestra amiga pocos años antes, trocada en enemiga por Alberoni, nos arrebató por un lado á Fuenterrabía, San Sebastián y Santoña, y por otro nos tomaba á Urgel y apretaba á Rosas. Quiso Alberoni galvanizar al rey como había galvanizado á la nación, y sacóle por última vez á campaña. Pero Felipe V supo la pérdida de Fuenterrabía, y el Animoso de otros tiempos se volvió melancólico á Madrid, y enojado con Alberoni, que había engrandecido á España y perdía el reino. Y sin embargo, para resolverse á decretar su caída fué menester que la cuádruple alianza se lo exigiera como condición de la paz. La voz de cuatro grandes naciones dijo al mundo que la guerra ó la paz de Europa dependía de que un clérigo sin carácter de ministro saliera de España, ó continuara en el palacio de sus reyes. De esta manera la caída de Alberoni fué aun mas notable que su encumbramiento. Entonces el rey le despidió secamente, y la misma á quien había hecho reina se negó á darle una audiencia. Esto á nadie sorprendió: el último capítulo de la historia de los favoritos es casi siempre el mismo.

La salida de Alberoni produce otro cambio en la política española. Felipe se adhiere á la cuádruple alianza, y se hace amigo de Francia é Inglaterra; mas todo lo que pudo sacar de esta amistad y del congreso de Cambray, fué que Austria reconociera el derecho de sucesión de los hijos de Isabel Farnesio á los ducados de Parma y Plasencia, y tres desdichados contratos matrimoniales; el del infante don Carlos, hijo de Isabel, con una hija del de Orleans, fué el menos desgraciado, porque no se verificó; una hija de los monarcas españoles fué enviada á Francia á ser esposa de Luis XV para pasar despues por la ignominia de que se la devolvieran soltera á sus padres; y la princesa de Montpensier que vino á desposarse con Luis, príncipe de Asturias entonces, y rey de España luego, valiera mas que se hubiera quedado allá que no que viniera á ser con sus ligerezas el tormento de su joven esposo, y el escándalo y la murmuración de la corte española. El jesuita Daubenton, confesor de Felipe, negociador de estos desventurados matrimonios, no había sido mas feliz como consejero de alianzas políticas que como confesionador de enlaces conyugales.

En poco tiempo desaparecen del mundo los principales personajes de la nación francesa que mas han influido en la política y en la suerte de España, Luis el Grande, el regente Orleans, el cardenal Dubois. Dos palabras sobre estos ilustres contemporáneos del primer Borbon español y de sus confidentes y consejeros.

Aquel Luis XIV que había dado tanta grandeza y tantas glorias á la Francia, aquel soberano que se había visto aplaudido de su pueblo hasta cuando se presentaba en el ejército entre su esposa y dos queridas, aquel dominador absoluto á quien la nación había perdonado su despotismo de rey y sus vicios de hombre en gracia de sus triunfos de conquistador y de los laureles con que había orlado las frentes de las ilustraciones literarias, acabó sus días aborrecido de aquel mismo pueblo

## IV

y abandonado de todos, hasta de la misma Maintenon, que se retiró á Saint-Cyr dejándole en el lecho del dolor entregado á manos mercenarias; en Roma le negaron las exequias, y el pueblo de Paris ultrajó su nombre y su tumba, é insultó su féretro, levantando tiendas en que bebía y se regocijaba como en una fiesta popular. Obró impresionado por los últimos infortunios del reino y por las últimas flaquezas del rey; y como Luis había concentrado en su persona todo el poder y toda la autoridad sin querer compartirla con nadie, el pueblo en su disgusto concentró y descargó todo su enojo contra él, porque no halló otro con quien compartirla y desahogarla. Luis quiso el gobierno de uno solo, y sufrió él solo toda la odiosidad de su gobierno. Lección grande para los príncipes absolutos. Quedó Felipe, duque de Orleans, rigiendo el reino y protegiendo la cuna del niño Luis XV rodeado de catafalcos. El parlamento protestó contra la inmoralidad del último monarca anulando su testamento y despojando del derecho de príncipes de la sangre á los bastardos legitimados. Providencia justa, pero con la cual enseñó á la nación á desobedecer la última voluntad de los reyes, y la preparó á otras desobediencias. El pueblo francés creyó hallar mas moralidad en la regencia, y vió que sobre la corrupción antigua se respiraba el aire infestado de una corrupción nueva, en medio de cuya atmósfera crecía raquíticamente el que había de ser su rey. El duque de Orleans fué recibido con aplauso, y en efecto, debía á la naturaleza cualidades muy apreciables: pero se entregó descaradamente á la licencia, é hizo gala de vivir como un libertino. Así no es extraño que cuando Alberoni conspiró contra el regente para dar la regencia al rey de España, los Estados generales se ofrecieran á Felipe V y le aseguraran las simpatías del ejército, del pueblo y de la nobleza de Francia; y la conjuración española habría acabado por derribar al de Orleans á no haber sido descubierta por las imprudencias de Cellamare. A ejemplo del regente se introdujo en la sociedad francesa un desarreglo sistemático, y la disolución se hizo de moda. Aquel príncipe licencioso que había aspirado á su plantar á Felipe V en el trono de San Fernando y á Luis XV en el de San Luis, murió de repente en los brazos de una mujer, dejando á la Francia una deuda de cuatro mil millones, y á Voltaire y Montesquieu preparando con sus escritos un cambio en las ideas, en la religion y en las leyes.

Había sido el de Orleans educado por el abate Dubois, que le había enseñado á considerar la religion como una invención humana y la moral como una preocupación del vulgo. Aquel mal eclesiástico, cómplice de sus desórdenes, y á quien hizo su primer ministro, hijo de padres poco menos humildes que los de Alberoni, fué tambien, como este, arzobispo y cardenal, y además príncipe del imperio. Aquel indigno sucesor del gran Fenelon llegó á acumular tantos empleos y pensiones, que le producían una renta de millon y medio de francos. Ya que hemos sido severos con el ministro de Felipe V por la manera como negoció la púrpura, justo es decir que el ministro de la regencia hizo gastar á la Francia muchos millones para obtener el capelo, y al decir de un erudito escritor, el papa que se le otorgó debió arrojarle del santuario. Dubois conspiró á su vez contra Alberoni. Aquel corrompido purpurado murió dejando una inmensa fortuna, que acumuló á expensas del Estado.

Al de Orleans sucedió en el primer ministerio del desgraciado Luis XV su mortal enemigo el duque de Borbon, de menos talento y de no mas puras costumbres que su antecesor. Favoritos y mujeres constituían su corte, y madama de Prie, que era la que mas le dominaba, dícese que se le había entregado por motivos menos nobles todavía que el amor y que la ambición. Este ministro fué el que calculando sobre la probabilidad de la corta vida de su monarca Luis XV, y á fin de que no pasara la sucesión á la familia de Orleans que aborrecía, envió á Madrid al mariscal de Tessé á convidar á Felipe V con la corona de Francia que suponía pronto vacante, no obstante las renunciaciones solemnes. El embajador francés encontró á Felipe entregado al servicio de Dios y dedicado á la oración y al retiro en el templo de San Ildefonso, y despues de haber renunciado la corona de España. ¿Qué contraste de costumbres!

¿Cuán diversos juicios se han hecho sobre la abdicación de Felipe V y su retiro en las soledades de la Granja! Para unos fué un acto de refinada hipocresía, un cálculo político, un medio disimulado de habilitarse para otro trono mas poderoso que el que renunciaba. Para otros fué un rasgo sublime de abnegación y humildad cristiana, una vocación apostólica, un golpe de gracia eficaz que le movió á desprenderse de las grandezas de la tierra para pensar exclusivamente en ganar el cielo.

No nos maravillan versiones tan encontradas, porque sobre ser difícil penetrar los pensamientos y las intenciones de los hombres, la abdicación de Felipe V sorprendió á todos por las circunstancias de la época, del reino y de la persona, porque no se parecía ni á la de Alfonso IV de Leon, ni á la de Amadeo I de Saboya, ni á la de Cristina de Suecia, ni á la de Augusto de Polonia, ni á la del mismo Carlos V de Austria y I de España. Seguro estaba Felipe en el trono; hallábase en la mejor edad para manejar el cetro; con el amor del pueblo contaba. ¿Qué le pudo inducir á trocar voluntariamente el brillo del solio por el silencio de la soledad, el fausto de la corte por la modestia del retiro, los salones del palacio por el coro de San Ildefonso? ¿No eran causas bastante naturales, sin dar tortura al discurso para buscar otras, el cansancio de tantas contrariedades, la fatiga de un reinado siempre intranquilo, las enfermedades que habían trabajado su cuerpo, cierta tendencia al misticismo, y sobre todo la honda melancolía que de muchos años antes se había ido apoderando de su ánimo? ¿Sería sincera la abdicación? Si alguna duda abrigáramos de su sinceridad, nos la desvanecería el verle mas adelante, despues de haber vuelto á tomar la corona, acometido de la misma tentación de abdicar y volverse á su predilecto retiro de Balsain, insistir una y otra vez en el propio pensamiento, escribirle con resolución de solemnizarle, intentar hasta la fuga clandestina de palacio para restituirse á su querida Granja, á su templo y á sus oraciones. Tanta insistencia posterior disipa toda sospecha de falta de sinceridad en su resolución primera.

Cosa es tambien que no puede fundadamente contradecirse, que brindado repetidamente y con empeño por el duque de Borbon y el embajador Tessé á que se declarara heredero del trono de Francia, entre otras dignas respuestas dió siempre la de que apreciaba mas la corona de la gloria en el cielo que todas las coronas de la tierra, dando gracias á Dios de que le hubiera permitido descargarse del peso de una que había llevado.

Tambien nosotros confesamos que Felipe en el retiro ni estuvo apartado de los negocios del gobierno, ni dejó de intervenir en la política del Estado, antes bien la corte de Madrid no obraba sino por las inspiraciones de la de la Granja, ni los ministros de Luis I ejecutaban nada sin la consulta y sin la vénéria de los solitarios de Balsain. Esta conducta de Felipe, junto con haber vuelto á empuñar el cetro tan pronto como murió su hijo á quien le había transmitido, es sin duda lo que á muchos persuadió entonces y hace sospechar aun ahora, de que en la renuncia hubiese mas de designio político que de desprendimiento y abnegación; y los induce á buscar el móvil oculto, el *quid ignotum* de aquel acto extraordinario, sin encontrar explicación que á ellos mismos satisfaga. ¿A qué atormentarse en inventar arcanos, en crear enigmas, y en forjar misterios de lo que puede resolverse por la lógica sencilla de los afectos humanos? ¿Tan peregrino era este manejo que no tuviera ejemplar en los anales de los príncipes dimisionarios dentro de nuestra misma España? Como tipo de las pocas abdicaciones sinceras se ha citado siempre la del emperador Carlos V; y sin embargo, el solitario de Yuste no dejó de seguir una correspondencia viva sobre negocios públicos con el rey de España su hijo, con su hija la gobernadora del reino, con los príncipes y ministros de otras naciones, y de intervenir en las negociaciones diplomáticas, en las paces y en las guerras, y apenas se resolvía nada sin su consulta y beneplácito, y mandaba y decidía muchas veces como emperador y como rey. No hacia mas el

solitario de San Ildefonso. Si Felipe II hubiera muerto viviendo su padre, como Luis I, ¿quién sabe si el cenobita del monasterio de Yuste habría vuelto á ceñir la corona, como el anacoreta de la Colegiata de la Granja?

No olvidemos tampoco que Felipe de Borbon no estuvo solo en la soledad. Acompañábale, ó por virtud ó por cálculo, la reina Isabel Farnesio, que dominaba su corazón y su voluntad, no desnuda como él de ambición, ni desapegada como él al mando, madre de hijos para quienes soñaba tronos, y que si una vez no había sido bastante fuerte para contrariar y detener un acceso de misantropía de su marido, no era mujer que renunciase á la idea ni desaprovechase ocasión de volver á ocupar el solio de donde por su voluntad no habría descendido. Dejaré esta ocasión, asíola Isabel, y Felipe no contradecía á la reina sino cuando le embargaba todos los afectos la melancolía.

Menos parecía concertarse aquel desprendimiento de las cosas y de las grandezas humanas, aquel amor al retiro, aquella austeridad religiosa, aquellas protestas de querer pensar solo en el cielo, con los dispendiosos gastos para hacerse una fastuosa vivienda, una mansión de recreo exornada con todo lo que la naturaleza, el arte y el más refinado gusto pudieran ofrecer de mas halagüeño á los sentidos, siquiera se invirtiesen en ello enormes sumas. Buscábase al ermitaño entre rocas y grutas, y se encontraba al príncipe entre temples y flores. Parecía haber querido hacer otro Escorial, é hizo un Versalles. Pensó imitar la vida cenobítica de Felipe II, y demostró que había sido educado en la fastuosa corte de Luis XIV.

Tampoco podemos dejar de observar que ni para el acto de la abdicación ni para el de volver á tomar la corona pidió el beneplácito, ni siquiera el parecer de las cortes del reino, ni aun las convocara para participarles resolución tan grave. Lo primero lo hizo de propia cuenta, para lo segundo consultó solamente con consejeros y teólogos. Extraña y censurable omisión en quien había reconocido la necesidad de congregar el reino para hacer ante la asamblea de la nación la renuncia de la corona de Francia, y para variar la ley de sucesión á la corona de Castilla. El que había sido llamado á ser rey de España por el solo testamento de Carlos II, volvió á serlo por el solo testamento de Luis I. La nación calló y consintió en uno y otro caso. Tales eran ya nuestras costumbres políticas.

## V

Pasa el brevísimo reinado de Luis I de Borbon, tan fugaz como el de Felipe I de Austria. La poca huella que aquellos dos príncipes dejaron se manifiesta bien en el hecho de entendernos truncando la cronología.

En este segundo reinado de Felipe V su política exterior, ó mejor dicho, la política de Isabel Farnesio es la política de una agenciosa madre de familias. Con tal que asegure una hijuela para sus hijos en Italia, eso le importa aliarse con los príncipes enemigos como enemistarse con los aliados. Nadie se imaginaba que abierto un congreso europeo y contando con potencias amigas y mediadoras, hubiera de negociar secreta y privadamente la paz con el emperador, el enemigo irreconciliable de España y de la dinastía hacia veinticinco años. Solo pudieron hacer esto una reina como Isabel de Parma, y un negociador como el que le deparó la suerte en el barón de Ripperdá, aquel famoso holandés, que profesó todas las religiones sin creer en ninguna, fabricante de manufacturas y de enredos diplomáticos, confidente y espía de tres naciones á un tiempo, uno de los embaidores de mas ingenio y travesura, pero tambien el mas arrogante y jactancioso y el mas imprudente, ligero y voluble que ha venido al mundo. Este insigne cabalista ajustó en Viena el tratado de paz entre España y el Imperio, con el cual tuvo el don de enojar á Francia, á Inglaterra, á Holanda, á Cerdeña, á las repúblicas italianas, á los príncipes del imperio germánico, al pontífice y al turco, pero que valió á Orendain el título de marqués de la Paz, y á él el de duque y grande de España.

¿Qué importaban á Isabel Farnesio las indiscretas, peligrosas y comprometidas condiciones de los tres tratados de Viena, si se estipulaba que su hijo don Carlos podía ir á tomar

posesion de los ducados de Parma y Plasencia, si la halagaban con la esperanza de casarle con la princesa archiduquesa de Austria, y si al decir de Ripperdá iban España y Austria á ser otra vez señoras del mundo, aunque el mundo todo fuera contra ellas? ¿Qué le importaba que Francia ofendida hiciese á España el afrentoso desaire de devolverle la infanta que había ido á ser esposa de su rey? ¿Que Inglaterra, indignada de lo estipulado contra ella en los artículos secretos, aparejara escuadras contra España, y las enviara al Mediterráneo y á las Indias? ¿Que la república holandesa, resentida de la cláusula concerniente á la Compañía de Ostende, se alarmara y protestara contra los tratados? ¿Que Prusia entrara en celos, que se conjurara Europa, y que contra la alianza de Viena se formara la confederación de Hannover? ¿Qué paz era aquella que provocaba una guerra universal?

Y sin embargo el funesto negociador venia á Madrid, y era saludado con plácemes y recibido con hosannas como un salvador providencial de reyes y de reinos, y llevábale á habitar dentro de la mansión régia, y hacíanle primer ministro, y le iban agregando ministerios, despojando á otros hasta hacerle ministro universal. Íbase descubriendo que el gran pacificador no era sino un tramoyista, que el hábil diplomático no era sino un fecundo fabricante de embustes, que el ingenioso concertador de alianzas políticas y de contratos matrimoniales no era sino un zurcidor de grandes enredos y un desconcertador de amistades y de enlaces. Con la venida del embajador imperial descubrióse que el ponderado reconciliador de las dos cortes había sido un engañador solemne de ambas, asegurando á la de Madrid lo que la de Viena no había prometido realizar, y ofreciendo á la de Austria lo que la de España no podía cumplir. Estrechado por los embajadores de las potencias lastimadas, envolvióse en una red de contradicciones, que mas parecían desconcertadas evasivas de un jóven atolondrado cogido en un delito que su aturdimiento no acierta á disculpar, que respuestas y explicaciones de un hombre serio, cuanto mas de un hombre de Estado. Las potencias ofendidas se admiraron de haber tenido que confederarse formalmente para deshacer la trama forjada por un desjuiciado: el emperador se asombró de haber variado su política de veinticinco años por arte de un embaucador, y Felipe V de España se avergonzó de haber puesto en manos de un loco la suerte de su reino. Y aunque Isabel Farnesio todavia en su interior se felicitaba de una locura que favorecía al porvenir de sus hijos, ya no pudo evitar la caída de aquel hombre extravagante, reclamada por el interés de toda Europa y por el decoro del trono español.

El fin que tuvo Ripperdá correspondió á su género de vida. Refugiado en la embajada inglesa, sacado violentamente por el rey de aquel asilo, encerrado en el alcázar de Segovia, fugado dramáticamente de la prision, errante por Europa, repelido por todas las naciones sin encontrar un pueblo que quisiera albergarle, protestante en Holanda, católico en España, musulman en Africa y apóstol de una nueva secta musulmática, allá murió, no sabemos si católico, si protestante, si mahometano.

Lo peor fué, por extraño que parezca, que su política sobrevivió á su descrédito; que el gran fascinador salió de Europa detestado y escarnecido, pero dejó la Europa conmovida con sus últimos tratados y alianzas, y dividida en dos grandes bandos; que las potencias todas continuaron adhiriéndose, las unas á la alianza de Viena, las otras á la liga de Hannover, y preparándose á una lucha gigantesca; que en España siguió prevaleciendo la influencia y la amistad del Austria; que á ella sacrificó Isabel Farnesio los hombres, los tesoros, las naves y los ejércitos de España; que por ella consintió en envolverse en una guerra marítima con Inglaterra, costosísima y fatal á ambas naciones; que por ella se emprendió el segundo sitio de Gibraltar, tan malhadado y tan desastroso como el primero. ¿Cómo hemos de dejar de aplaudir el buen deseo de la recuperación de Gibraltar? Pero el verdadero patriotismo, la política acertada y prudente de los reyes y de los gobiernos no consiste en que sus intentos sean justos, y convenientes sus empresas, sino en el tiempo y la sazón de acometerlas, y en la posibilidad de llevarlas á buen término. Con

la indiscrecion de un hombre presuntuoso é inexperto obró en 1727 el conde de las Torres, aconsejando el sitio, y soñando facilidades, que á todos menos á él se representaban imposibles. Con obcecacion igual á la de 1705 procedió Felipe V en 1727, creyendo ahora al de las Torres como entonces al de Villadarias, mas que á los consejos y al parecer unánime de todos los demás generales. En el segundo como en el primer sitio de Gibraltar se ganó la gloria del valor y la constancia; se sacaron pérdidas lamentables y se recogieron los desengaños de la imprudencia.

El fuego de la guerra entre Inglaterra y España, cuya tea había sido puesta por la atrevida mano de Ripperdá, amenazaba extenderse al Centro, al Norte y al Mediodía de Europa. Estremeció á toda Europa esta idea; vióse el peligro de destruir el equilibrio europeo; un cardenal ministro, no inmoral como Dubois, ni belicoso como Alberoni, mas anciano que ambos, de mas talento que el uno, aunque acaso de menos capacidad que el otro, con otro género de ambición que los dos, el cardenal Fleury, ministro de Luis XV, se ofreció á ser mediador entre Austria y las potencias marítimas, y tuvo la fortuna de concertar los soberanos y los embajadores de todas hasta suscribir unidos los preliminares de la paz. Las dificultades, los reparos vinieron solamente de España, de la nación mas trabajada por las guerras. Grande esfuerzo fué necesario para arrancar la conformidad y el *ultimatum*, no al rey, que hipocondríaco y enfermo pensaba mas en la iglesia de la Granja que en Gibraltar y en las Indias, sino á la reina que lo dirigía todo, y al marqués de la Paz, su primer ministro, que por una singular contraposición el único ministro que llevaba el título de la paz era el mas empeñado en la guerra. Orendain había sido el único colaborador de Ripperdá en la alianza de Viena: Orendain era el que dirigía la corte y la política española, segun la política iniciada por el funesto Ripperdá. Se había anatematizado al autor, y se tomaban por texto sus obras. Al fin, aunque con repugnancia, se firmó por los representantes de las cinco potencias el Acta del Pardo, que produjo el congreso europeo de Soissons.

Otro congreso como el de Cambray. Reclamaciones y disputas, poca avenencia, muchas formalidades y reglamentos, no pocos banquetes y fiestas, y ninguna resolución. El congreso de Soissons concluyó por dispersarse los plenipotenciarios, y por no saberse si la asamblea se celebraba en Soissons, en París, ó en ninguna parte. Las dos cuestiones capitales, causa tambien principal del desacuerdo, fueron dos cuestiones españolas: la recíproca indemnización entre Inglaterra y España de presas hechas en la guerra, la de los ducados de Parma y Toscana para el infante don Carlos, hijo de los monarcas españoles, el sueño dorado de Isabel Farnesio. Quería Isabel guarnecer inmediatamente aquellos dominios con tropas españolas; resistió el emperador. Bastaba esto para romper, ó por lo menos sobra para enfriar la amistad entre las cortes de Madrid y Viena, y la obra de Ripperdá amenazaba deshacerse sin que España hubiera recogido de ella otro fruto que una guerra con la Gran Bretaña, ni Europa otro provecho que haberse conmovido, y vivir en una situación indefinible, ni bien de guerra, ni bien de paz, en un estado de alarmante incertidumbre.

De aquella nueva desavenencia entre España y el Imperio, de aquella insistencia de la reina española en enviar guarniciones de tropas de su reino á Parma, discurrió sacar partido el gobierno británico, habitualmente especulador, dando gusto á la reina á fin de sacar beneficios para el comercio inglés. ¿Qué importaba á la Gran Bretaña contrariar al emperador introduciendo guarniciones españolas en Italia, si de ello reportaba la nación inglesa ventajas mercantiles? ¿Y qué importaba á la reina de España dejar otra vez la alianza de Austria por la de Inglaterra, si así lograba la mas pronta colocación de su hijo don Carlos en Parma y Toscana? Cada cual iba en pos de su particular interés, y en él se basaban entonces los tratados; y en él se cimentó el de Sevilla entre Inglaterra y España; y á él se adhirió la Francia, porque el cardenal Fleury, pacífico de suyo, deseaba reanudar las amistades de las dos monarquías borbónicas, y que le dejaran vivir y ser ministro con tranquilidad. ¿Cuánto sufrió la impa-

ciente Isabel Farnesio al ver por mas de un año la inacción y la apatía de sus nuevos aliados en ayudaria á la expedición de los seis mil españoles á Italia, que habían de facilitar la posesion de aquellos ducados á su hijo! ¿Qué de zozobras no la atormentaron viendo el misterioso manejo de las cortes amigas, la inutilidad de sus reclamaciones, de sus embajadas, de sus gestiones apremiantes! Al fin, merced al interés que en ello tenia la Gran Bretaña y á su oportuna mediación con el emperador, la solícita y agenciosa madre logra que su hijo tome posesion de la ansiada y disputada herencia de Parma y Toscana. Isabel Farnesio satisfizo su ambición, y solo entonces pudo darse por terminada la cuestion y la lucha de treinta años por la sucesion española.

Por un momento la política de los reyes y del gobierno de España toma otra direccion y otro rumbo: se aparta de Europa y se endereza al Africa: las fuerzas navales que han quedado sin ocupacion en Italia se destinan á la recuperación de Oran: empresa patriótica en que por lo menos deja de verse el egoísmo personal y el interés de familia. Un éxito feliz corona esta expedición. El pabellon español vuelve á ondear con orgullo en los torreones de Oran y en los adarves de Mazalquivir; se escarmienta al rey de Marruecos y al apóstata Ripperdá, y se asegura la posesion de Ceuta. Es un brillante, aunque breve episodio del reinado del primer Borbon. ¡Ojalá se hubiera emprendido la reconquista de Argel! Mas de dos siglos hacia que el inmortal Cisneros con su ejemplo y con su voz había dicho á los españoles, señalando á la costa africana: «Hé aquí un vasto teatro que se abre á vuestras glorias: fundada os dejo la base de un imperio inmenso: la religion, la geografía, la conveniencia os llaman á dominar y á civilizar á vuestros antiguos dominadores.» De tiempo en tiempo, desde aquel hombre extraordinario, apenas ha habido un soberano español, así de una como de otra dinastía, que no haya acometido como instintivamente alguna empresa sobre el litoral africano, pero siempre como una digresion pasajera, nunca con un gran designio ulterior y como el pensamiento de una política fija y permanente. Se han gastado constantemente las fuerzas en conquistas europeas á que nuestra posición excéntrica no nos llamaba, y se ha desatendido la parte del mundo á que nos convidaban nuestra situación, nuestra fe y nuestras tradiciones. La enseña de Cisneros no ha sido seguida; la política se ha invertido; se ha dado lugar á que una nación vecina, sin los títulos, y sin la base y sin los elementos que la española, haya buscado y encontrado su engrandecimiento donde nosotros pudimos y debimos tener nuestra grandeza. ¿Se dará lugar todavia á que absorba esas escasas posesiones que aun conservamos como los hitos que señalan un futuro y posible imperio, y á que entre dos potencias avaras de dominación nos cierren con dos llaves maestras las puertas del Mediterráneo?

Una cuestion de forma sobre la investidura de los ducados de Parma y Plasencia llama al instante de nuevo la atención de España hácia aquellos dominios y da fundamento á recelar que se rompa otra vez la insegura reconciliación entre España y el Imperio. Sobreviene casi al mismo tiempo la ruidosa cuestion de Polonia; la Europa entera se agita y conmueve otra vez hondamente, y el ruido de aquellas novedades y turbaciones produce un efecto eléctrico en Felipe V, á quien se ve sacudir de repente el letargo en que yacía adormecido, y recobrar de improviso los ímpetus belicosos de su juventud. Hay quien atribuye esta súbita trasformación, no á la sensación de aquel estruendo, sino á la influencia magnética de la reina, que tras el loco pensamiento de pretender la corona de Polonia para su hijo, se fijó en el de hacerle rey de Nápoles y Sicilia, contando para esto con el rey de Francia, y aprovechando la ocasión de estar distraídas en otra parte las fuerzas de las potencias europeas. El consejero de este proyecto ya no era un agitador extranjero como Alberoni, ni un aventurero sin fe como Ripperdá; era un ministro español tan sesudo como Patiño.

En efecto, confederáronse Francia, España y Cerdeña: Francia, porque quiere dar rey á Polonia; España, porque quiere los reinos de Nápoles y Sicilia para don Carlos; Cerdeña, porque quiere el Milanesado para sí: este triple egoísmo produce